

LA CÚPULA DE LAS IDIOTAS

Mamá hace tiempo que no está con nosotras. Una mañana del invierno pasado decidió rastrear con uñas y dientes su propio destino y se largó al París de la Francia con su último regente. Salió de casa como una reina de picas: ojos sombreados que le prestaban aspecto de mapache, labios afrutados hasta la vulgaridad y un vestido con frunces que, según me confesó la Aurori, le haría pasar por puta de altura ante cualquiera que tuviera dos ojos de frente. Ya volverá, nos dijeron las vecinas de la corrala. A mí me importaba un bledo, la verdad. Cuando estaba con nosotras se comportaba como un sargento furriel dando órdenes a todas horas. Para más inri me sacó del colegio en cuarto curso y me obligó a conocer a ese diablo de don Tommaso, el italiano, que se había hecho sastre después de pasarse treinta años como negrero en la Guinea y que, además, olía a sardina arenque cada vez que se bajaba la bragueta para enseñarte la minga. No sabía hacer otra cosa. Te obligaba a desnudarte en aquella casa que parecía el palacio de hielo de un cuento de miedo, y luego se limitaba a exhibirse con su *lapicero* de punta roma en tanto abría ventanas y puertas para que todas las vecinas pudieran admirar su amor a las Bellas Artes.

La Aurori es la mayor de las tres. En realidad sigue a pies juntillas las lecciones de madre para hacerse con un territorio seguro en la calle. “Vosotras solo servís para endulzar las tardes de los señoritos, vamos que no dejáis de ser unas subalternas de tomo y lomo”. Cuando nos suelta esos requiebros, Choni y servidora no sabemos qué decir. Nos gustaría ser tan guapas y bien plantadas como ella, pero la vida nos tiene reservado un papel de secundarias, eso lo sé yo a pies juntillas. Y por estas carencias,

y por no hacerme mala sangre, me mato fregando escaleras, porque sé que mi alma y mi cuerpo son como escaparates ruinosos de una de esas tiendas que se traspasan por cese de negocio. Cuando la vemos salir con los zapatos rojos de charol, repasándose los morros ante el espejo, sabemos que va a matar de deseos a más de un vejete del barrio. Quizá algún día, nos dice con soberbia, se vaya a París con madre. Allí las mujeres valen lo que valen, y si carecen de remilgos pueden llegar a ser napoleanas con el mundo a sus pies. Ellas sí que saben seducir. Esas cosas no se aprenden. O se nace con ese arte o mejor te dedicas a tareas domésticas, como es el caso. Choni me dice últimamente que quizá se matricule en inglés. Quiere irse a Londres cuando cumpla dieciséis (lo de París lo tiene descartado por si tiene la mala suerte de encontrarse con madre), a conquistar a uno de esos rubiales pecosos que comen puding y beben pintas de cerveza hasta caerse del asiento. Yo no le digo nada. Por sus ojos veo pasar el drama de los días. Sé que morirá pronto, y lo sé porque una gitana le leyó la línea de la mano y luego se quedó callada y no quiso ni cobrar un céntimo por la lectura. Mamá nos miró a las tres y no dijo nada. Después, nos llevó a merendar a una cafetería del centro con sillones de cuero y camareros de librea, y a la Choni le dio doble ración de buñuelos mientras le hacía cucamonas y se la acercaba al pecho como si fuera una muñeca de trapo. Mientras mamá oteaba el terreno, y separaba los muslos para mostrar su mercancía por si se presentaba la ocasión de hacer negocios, la Aurori y yo decidimos querer un poco más a nuestra hermana pequeña, sin decir nada. Aquel día aprendimos que la muerte en el fondo es como un gran plato de pasteles con su azúcar glas y todo. Cuando te lo comes con ansia, solo sientes agujas en el estómago y ganas de salir corriendo para que nadie te vea vomitar. Al volver a casa me encerré en la habitación y me pasé dos días tiritando con fiebre al lado del

calefactor. El luto, supuse, hay que saber llevarlo antes de tiempo. Solo así se puede exhibir sin complejos cuando llega la hora, si es que llega.

Ayer me vino sin avisar la regla en casa de don Tommaso. Me tenía sentada sobre sus rodillas mientras jugaba conmigo al *cucú* que se escapa de la jaula. Cuando andaba pellizcándome los pechos y silbando como un jilguero, sintió un charquito rojo sobre sus pantalones nuevos de cheviot. Al principio no dijo nada. Se levantó del sillón y, después de desaparecer un instante para cambiarse, regresó en pijama con una sonrisa extraña y envuelto en un silencio grave y misterioso. Después de golpearme en la cara y de tironearme del pelo hasta hartarse, me echó de su casa a patadas. Sentí una tristeza infinita, pero lo que más rabia me dio fue que pusiera en su maldito tocadiscos una de esas árias de Puccini para amortiguar el ruido de los golpes. Siempre estaba con sus malditas óperas italianas. Solía decirme que era Caruso reencarnado. Yo no sabía quién demonios podía ser ese tal Caruso, quizá un viejo amigo de juventud con quien compartió aventuras en el África. Poco me importaban sus charlas de viejo verde, decía que escuchar esa música era como estar invitado a un mundo de prodigios donde los sentidos buscaban el goce sublime. Salí corriendo del portal de su casa y me encontré con los lobos de la noche. Sentí frío, hambre y un miedo inexplicable a llegar a conocerme por fin a mí misma. La pobre Choni, además, estaría esperando a que le trajera algo de cenar. Cuando llegué a casa, la encontré arrebujada entre mantas. Me pareció estar viendo el rostro esculpido de la muerte, pero no dije nada. Besé su cuello y la llevé a la cama. Quizá allí en el sueño pudiera terminar de colorear la casa del bosque con todos sus enanitos, y quizá cenase sopa caliente con tropezones y hasta pudiera bailar con ese muchacho idiota que le

persigue por el barrio como un príncipe de Gales exhibiendo entorchados y jarreteras. Pobrecita, sus sueños, como los míos, son calderilla pero sirven para alumbrar la esperanza. Quizá sea el único regalo que le ha dado la maldita vida, el único.

La Aurori ya no vive aquí. Ni mamá. Ni la Choni. Todas están en la órbita lejana de los recuerdos. Son como planetas cuya luz se extinguió hace una eternidad. Lloro a la Choni y envidio a las otras dos. Saben hacerse querer porque lucen palmito como nadie, ya lo creo. A mí no me queda nada. Tan solo espero que don Tommaso se aburra de su nueva periquita y vuelva a mí. Dicen las vecinas de la corrala que es negra como una urraca en medio de un camino y que sabe buscarle el ovillo picoteándole con la picardía de las mejores. Dicen que algunas noches se les ve amartelados en el banco de la plaza. Yo no lo sé. Hace ya mucho tiempo que no salgo de casa. Ahora solo quiero verme reflejada en todos los espejos. Quizá, con algo de suerte, pueda reconocermé en alguno y sonreír por fin.

Agustín García Aguado